PUEENTE DE CÁÑAMO

Aida Wailer Ferrás

En el libro de Juan Farías,* *Puente de Cáñamo*, hay dos elementos que se confrontan: el hombre y el mundo. El hombre que vive en un mundo y busca otro, porque su mundo actual no responde a sus sueños. Este hombre, en el caso, Juan, representa a todos los hombres que están sofocados por el miedo, que desean cambiar, porque su dignidad está comprometida por algo que no depende de ellos: el hambre. El miedo y el hambre hacen de Juan, un desesperado, pero de una desesperación ingenua, que busca la solución en cosas exteriores a su causa profunda, que es la soledad. Así, la soledad de Juan, su hambre y su miedo hacen de sus relaciones con los demás, algo doloroso, casi deshumano, y los diálogos prueban que un vacío enorme separa a los hombres, sobre todo, cuando la comunicación está basada en puros intereses materiales, como el dinero.

Nada sabemos sobre datos y fechas de la vida de Juan; de su físico, sabemos apenas que es grande y fuerte, pero desconocemos cualquier detalle que lo individualize, que le haga uno entre los demás, pues lo importante es verlo en lucha, esta lucha que lo define como hombre, como hombre que tiene esperanza, de una forma tal vez infantil, colocando en América todas las posibilidades de ser feliz, de encontrar allí, todo lo que hasta ahora no ha podido.

Juan es un personaje solitario que tiene una grand sed de amor, tal vez porque la vida le haya sido demasiado dura. Pero, para él, la vida empieza a partir de la lucha, de hoy, de un presente hacia un

* Juan Farías nasceu na Galiza em 1935. Em 1951 começou seus estudos de náutica, que interrompeu em 1955. Como marinheiro de coberta, viajou em diversos navios. de 1956 a 1959, até que se fixou nas Canárias, onde exerceu os mais diversos ofícios. Residiu três anos na África do Norte (1960-62) e, posteriormente, na França. Atualmente reside em Madrid. Antes de *Puente de Cáñamo* (1963) escreveu outras novelas, que não considerou dignas de publicação. Seu segundo livro, *Los niños numerados* (1964) obteve o prêmio "Ciudad de Oviedo" pelo ritmo narrativo, "natural simples e vivo", no dizer dos juizes. O trabalho que vamos apresentar é o resultado de uma rápida análise de *Puente de Cáñamo*, no que se refere às palavras tema, dinheiro e medo. (A. W. F.)

futuro, porque el pasado no existe y representa el mal que quiere olvidar, el mal del cual huye con todas sus fuerzas. Juan es un tipo desesperado de miedo, hambre y soledad. Desea cambiar de vida porque para él, lo nuevo será siempre mejor que lo actual y todo lo que hace para cambiar será bueno:

"Cualquier camino es bueno". (p. 90)

"Y todos los caminos llevan a un sitio nuevo". (p. 91)

"Peor o igual de lo que me dejó atrás, es difícil que lo encuentre". (p. 91)

Juan Farías ha compuesto su libro en diez cuadernos, en los cuales la narrativa se mantiene viva y atrayente. La unidad del libro es obtenida por la evolución del personaje principal, eje que liga los diversos acontecimientos, y, al rededor del cual, giran los demás personajes, en la mayoría personas pobres, ignorantes, cuyo único objetivo es no morir de hambre y estar en continua defensa delante de los otros.

Los hombres, en general, viven en función del muelle; y las pocas mujeres que aparecen son prostitutas miserables y su hermanastra, de quien no quiere oír hablar. Es una especie de sub-humanidad que se debate dentro de un ambiente sórdido, donde no hay lugar ni tiempo para grandezas. Un ambiente donde el hombre se reduce a lo más pequeño que puede exigir su condición humana. Un mundo donde el heroísmo no hace sentido, o mejor, donde ser héroe es conseguir sobrevivir. Un mundo dramático cuyo horizonte está en la pared de las casas y de los bares, donde la mirada no va más allá del puerto.

Pero Juan da un sentido de epopeya a su lucha, cuando decide ir más allá de este horizonte y mirar con ojos llenos de fe, este mar que lo llevaría al "Eldorado" que conocía solamente por leyendas y cuyas tierras generosas no negaban nada a nadie.

Dentro de la estructura del libro, el cuaderno número cinco adquiere una posición de destaque, porque concentra en él, todos los problemas del libro de una forma menos desarrollada en los demás. La obra tiene un ritmo que crece y decrece, alcanzando su máxima ascensión justamente en el centro de la novela.

En el primer cuaderno, Juan nos revela el ambiente en que vive: "Vivo en una pensión de a seis pesetas la cama. Es una casa vieja que está cerca del muelle. Tiene muchos inquilinos. Solo en mi cuarto estamos cuatro. La puerta de la casa no se cierra nunca porque siempre se está entrando y saliendo. Somos maleteros y gente de muelle. Si no son los maleteros que salen porque llega un barco de turistas, son los borrachos que entran. Por eso, la puerta está siempre abierta" (p. 10)

Una casa cuya puerta está siempre abierta, no tiene vida interior. Sus moradores viven en la calle o en el bar. Así es Juan: cuando no hay trabajo en el muelle, camina por las calles o bebe en los bares. Esta vida de nómada en un mismo sitio, lo hace soñar con América y su sueño lo lleva a huir en un barco clandestinamente.

El segundo cuaderno nos presenta a Juan ya en el barco que lo conduciría a esta tierra de riquezas. Sin embargo, conversando con el cocinero aprende que hay otra América: "Me cuenta cosas de una América que no es la que yo quiero conocer. En la América de sus palabras se sufre y se llora, se muere también. No me habla de dinero ni de coches grandes pintados de rojo. Me habla de mujeres y de niños". (p. 42)

Descubierto como polizón, Juan se ve entre la prisión y el mar. Y en medio a una angustia horrible, piensa en Dios por primera vez:

"Ya hace año que no rezo. Ya ni siquiera sé cómo se reza. Tendo que acordarme y pedirle a Dios que me de fuerzas, que acatarre a los policías que todos se olviden de mí, que haga un milagro chiquito, pero milagro".

— ¡Sé bueno, mi Dios, sé bueno! — Si Dios me diera valor" (p. 50)

y con la esperanza de la ayuda de Dios, se lanza en el agua para huir de la autoridad.

En el tercer cuaderno, Juan se encuentra en un hospital rodeado por desconocidos. Recuerda lo acontecido y recibe la visita del cónsul que le hace las mismas preguntas de los guardias e intenta convencerlo de que América "no es un plato lleno". Pero Juan no puede aceptar esta verdad que destruye todo lo que había idealizado. Y cuando todo está calmado en el hospital, decide huir:

"El miedo me tiene quieto. En el momento de ponerme en marcha, me siento pequeño, incapaz, niño". (p. 68)

El hospital está entre la tierra y el agua. De allí, o volverá a España o se quedará en América. Por eso, una vez más emprende la fuga.

El cuarto cuaderno lo lleva al primero, ya que Juan comienza de nuevo a hacer vida de muelle, de caminadas y bares. La vida se repite y los mismos diálogos vacíos y sin sentido aumentan su decepción. Habla por hablar, para apartar el tedio:

- Cerveza? - Pregunta.

Afirmo con la cabeza.

- Hace calor, eh? - vuelve a preguntar.

- Sí - digo - Sí que lo hace. (73)

- No tenemos sueño? - pregunta.

- Demasiado calor - digo yo.

- Hay que acostumbrarse - dice.

- Sí. (75)

- Con su permiso?

- ¡Cómo no! - exclama.

- Están calientes los frijoles - digo.

- Emigrante?

- Turista.

Emigrante. Uno se ha creído los cuentos de los indios. (78)

- Y la próxima la paga Ud. - dice.

- Solo la próxima - digo.

- Tan mal andan las cosas?

- Peor.

- Bueno, pues la próxima la pago yo. (79)

A veces, el diálogo es una especie de liberación:

- ¡Linda tranca! - dice.

- Qué dices, negro?

- Qué linda tranca!

- Que liliindaaaaa trancaaaa! - canto yo. (80)

- Tienen las chicas los ojos.

Tienen las chicas los ooojooooos.

Tienen las chicas los...! Negro, aparta!

Parece que quiere ir la propia voz para cerciorarse de que está vivo en medio de tanta miseria. Cuando vuelve de su primer día de tra-

bajo, es obligado a huir, durante una batida que la policía hace, buscando al culpable de la muerte de un soldado americano. Como en el primer cuaderno, huye de los guardias:

"- Eh! gritan los guardias corriendo detrás de mi.

! Párese! (9)

"Corro desesperado por una calle llena de luz.

Un hombre de uniforme me sale al paso y yo le embujo". (86)

El día siguiente (cuaderno 5) lo encuentra entre monos, árboles y pájaros. El hambre, el cansancio y el estado nervioso lo transforman en un ser vulnerable y flojo que ve, en los propios monos, insectos, verdaderos enemigos. Las plantas y los animales asumen un carácter hostil. Juan se ve envuelto por una naturaleza extraña y la idea que nos da, es de algo semejante al infierno, cuyos elementos son los monos, los pájaros exóticos, los "árboles altos que parecen hechos con gelatina brillante, las palmeras esqueléticas que doblan cargadas de cocos, ramas que se entierran en el suelo para podrirse o volver a nacer, un barro de hojas y de humedad caliente, de malos olores, una luz que no se sabe de dónde procede". (p. 89)

Envuelto por esta atmósfera fantástica, Juan ya no anda, corre frenético, "apartando las ramas a puñetazos, llorando de rabia":

"Grito histérico. Y el eco de mi grito se extiende y se repite". (p. 90)

Consigue un camión para ir a la ciudad, pero su impresión continua:

"La carretera corre ahora por un bosque de palmeras gigantes, que se doblan sobre ella haciendo un túnel". (p. 94)

"Y otra vez la carretera cargada de sol, de ese sol que nunca calienta a medias, que se va de golpe y deja sobre la tierra un aliento cargado y húmedo, desagradable, lleno de mosquitos". (p. 95)

Cuando llega a la ciudad, se pelea con el dueño del camión, porque no tiene dinero para pagar:

"Le digo que no los tengo y arma un escándalo.

Grita y me insulta. Me llama de muerto de hambre y ladrón". (p. 96)

"Es una ciudad nueva y yo me voy hambriento entre una multitud que no hace caso". (p. 98)

"Hace calor, veo en la cara de los demás que hace calor, pero yo tengo frío y tirito". (p. 99)

Juan llegó al límite de la desesperación y al ver un perro muerto de vientre hinchado, con un ojo colgado, se identifica con él, a punto de verse como él, apedreado por los niños:

"Como al perro a mí también me han perdido el respeto los niños". (p. 101)

Y a medida que aumenta su miseria, aumenta su odio:

"Es un negro que me habla, y yo le odio. Le odio porque come y se emborracha, mientras yo me hundo". (p. 101)

Y su odio es como lo de los demás que también tienen hambre. Juan piensa que nada más importa, ser peor o mejor:

"Estamos al otro lado del asco, muy unidos en fondo del odio, odiándonos entre nosotros y a todos los demás, incluso a esa hermana rata que sigue mirándonos con sus ojos muy verdes, desde los tablonos del embarcadero.
- La comería - pienso".

Nada más que comer o morir, "hacer compañía a todos los muertos de todos los muelles, confundido con el agua y el petróleo, y lo sucio del agua, pudriéndome en la boca de los peces, muerto, libre". Tal vez la muerte sea la única solución para los que tienen hambre, tal vez sea la libertad frente a una situación humillante, en que uno tenga que trabajar, bajar la cabeza sin poder protestar ante nadie, sin nadie quien lo defienda de todas las injusticias. Estos hombres de quienes nadie se ocupa, que sirven de pretexto para que los otros discutan problemas sociales, solo tienen sus miserias que "solo valdrán para decir cosas y hablar de sociedad y de política y de nivel de vida y de limpieza municipal".

Una verdadera protesta contra la sociedad sale de la boca de Juan, que, dentro de su ignorancia, no puede ver hasta el fondo el problema que lo rodea; lo siente solamente y se rebela:

"¡América! ¡Qué diablos tiene América que no tenga cualquier otro sitio del mundo! ¿No se muere aquí también de hambre, de cansancio y de soledad? ¿No hay hombres que roban las cáscaras, mientras otros tiran las

patatas porque no tienen sal? ¿Hay quienes comen con mantel, quienes comen pescado salado sin tenedor, con los dedos, a la sombra de cualquier cosa, quienes roban plátanos verdes en el muelle, a riesgo de que le metan un tiro entre ceja y ceja o por las espaldas sin responsabilidad por parte de nadie, porque no es pecado matar a una rata, y los últimos, los que intentan ser hombres y mueren". (p. 102)

Y una vez más, Juan intenta huir, pero ahora su fuga es difícil, porque quiere huir de sí mismo, de su hambre, de su miseria, de su "cobardía". Llega al máximo de su decadencia; y en el cuaderno número seis, lo vemos pidiendo limosna. No siente vergüenza, pues ha perdido completamente el sentido de la debilidad humana:

"...ya no soy nada. Ni siquiera puedo responder cuando alguien me escupe, porque él tiene derecho a escupirme. Yo solo puedo tener la mano sucia incluso de lágrimas y pedir:

- ¡Una limosna por amor de Dios! (p. 109-110)

En este cuaderno, Juan conoce a Nani, una niña que aparece cuando está casi muerto de hambre. No le tiene miedo y no le da miedo. Ella le ofrece un trozo de pan con plátano y duerme en sus brazos. Juan llora y por primera vez no tiene que huir. Nani es una niña pura, el primer ser del libro que le demuestra afecto y que por primera vez le hace pensar que su patria "es donde alguien le tenga cariño y donde él tenga cariño a alguien".

"No importa que mi familia es un anciano loco y una niña". (p. 209)

En el cuaderno número siete, Juan ya está trabajando en el muelle desde hace un mes, y decide juntar dinero. Sale diariamente con Nani y se siente menos solo, tal vez porque piense menos en sí mismo. "Es una niña pequeña, casi diminuta, tiene cinco años y lo quiere mucho, conoce también al Presidente "un viejo loco, delgado, de mirada infantil, un poco pesado en su manía de pensar que fué Presidente de la República"...

"Pero es un hombre bueno que mira como miran los hombres buenos, que tienen maravilloso recuerdo en el bolsillo del alma". (p. 124)

Así, vemos que la amistad de Nani y del Presidente cambia un poco la vida solitaria de Juan y es un elemento que lo mantiene más tiempo en este nuevo sitio.

"Hago lo mismo que hacía en mi país y quizás peor pagado, pero soy feliz". (p. 127)

Es feliz porque tiene estos dos amigos. Con ellos, el diálogo no es vacío, porque aunque no digan nada, hay una comunicación llena de sentido humano.

El cuaderno número ocho es una prolongación del anterior. Pero en este, el autor introduce un episodio que nos conduce al cuaderno número cinco, cuando Juan se ve rodeado de monos, y aquí, de negros. Juan es advertido por Pancho, especie de brujo, que debe comparecer, a la media noche, en el muelle, porque su presencia dará suerte a los negros, pues tiene la marca de la luna en la mano. Juan no quiere ir, pero:

"Yo miro y solo veo negros, negros por todas las esquinas, siguiéndome... son docenas, cientos, solo son negros... y todos me siguen. Negros grises, casi rojos, negros, negros casi blancos, negros de todos los colores de los negros... Me adelantan amontonándose; me siguen, me rodean... Corro hacia los barcos gritando y un grupo de negros me cierra el paso. Negros. Negros que pasan como exhalaciones y que desaparecen. Negros en todos los sitios... En un rincón, unos tambores de latas suenan despacio, monótonos... Yo estoy en el centro de un círculo de gritos desgarrados... Pancho desde lo alto de los barriles grita siempre, jaleando a los que se abrazan o rezando a sus pequeños dioses de madera. No me muevo. Un montón de locos, con los ojos ensangrentados tienden a mí, sus manos; toman mis manos y las acarician; gritan y me acarician". (p. 167, 168, 169)

La descripción del ritual nos presenta a un Juan lleno de miedo delante de algo desconocido, un miedo tal vez más grande del que sintió cuando estaba entre los monos de la floresta.

El cuaderno número nueve es paralelo al número tres, por cuanto Juan se encuentre prisionero, entre América y España, como en el hospital. Se queda ahí cinco días, pensando en Nani y en el

Presidente. Conoce a un argentino, polizón profesional, con lo cual agota la conversación después de cuatro días. En el quinto día, está solo. Pide permiso para ver al Presidente, dice que es importante, pero nadie lo cree.

En el décimo y último cuaderno, Juan parte sin poder ver la salida del barco. Ya en la alta mar, sale. Está solo y empieza a recordar su vida en este país que casi odia. Un solo recuerdo lo hace feliz: Nani. Junto con los demás, cuenta mentiras solamente. Nadie cree a nadie. La verdad es que Juan quería quedarse en América mismo, sufriendo y trabajando mucho:

"América es mentira y la gente también se muere de hambre como en todos los demás sitios de la tierra, pero yo siento y me duele el que me hayan agarrado. Aun cuando hubiera sido siempre nada más que un empuja carretillas del muelle; aun cuando en toda mi vida no hubiera hecho otra cosa, yo quería quedarme en América". (p. 214)

Se siente más viejo. La costa se aproxima. Ya en tierra, cuando no intenta huir, Juan se sorprende y piensa:

"Me gustaría ya estar encerrado fuera del muelle, sin los pocos curiosos que nos miran"

y al entrar en el coche de la policía se vuelve para mirar el barco y empieza a reír:

"Me río de contento, casi a gritos. Saludo al barco con la mano en alto y me río... Yo sigo riéndome. Me río durante mucho tiempo, incluso después de habernos detenido delante del edificio feo de la comisaría; cuando estoy encerrado aún sigo riéndome... Me río y lloro. Y las lágrimas y la risa se mezclan con la amargura y una nueva fe". (p. 224)

Juan no podría explicar a nadie la razón de su risa, pero dice:

"... quizás mañana se lo cuento como al ver el barco por última vez, he pensado en una rata grande y gris que se colaba a bordo por la estacha". (p. 225)

Al ver la rata, Juan comprendió que era como ella y que volvería más una vez, dos, tres veces a América, que siempre intentaría realizar su sueño, porque era una cuestión de fe.

Pero América no es nada de lo que había soñado. La realidad que tuvo que enfrentar era otra:

... "en este país nadie se preocupa demasiado de nadie". (p. 93)

Y después de conocer un poco más esta tierra tan esperada, llega a conclusiones completamente diferentes de lo que había soñado:

"Estoy en un país muy sucio"... (p. 73)

"América es grande y no muy limpia. Y lo que es peor: está llena. América está llena de niños que quieren robarme lo que no tengo; de mujeres que se insinúan por media moneda; de negros que me miran de reojo. Las casas son tan sucias como las almas. Nadie sonríe. Trabajan dentro del sudor arrastrando más hambre de la que he pensado yo en toda mi vida". (p. 74)

"América está llena de monos y negros". (p. 89)

"Hace demasiado calor y hay mosquitos". (93)

"... y aquí la gente también se muere de hambre". (189)

Y Juan, que estaba huyendo del hambre y de la soledad, empieza a ser dominado por el miedo, sentimiento que será una verdadera obsesión dentro del libro, apareciendo desde las primeras páginas hasta el fin; su miedo y de los otros:

"Vuelvo a tener miedo. Me siento acorralado por mi propia decisión contra un peligro que no veo y no conozco". (68)

"Los nervios me chillan y un miedo estúpido empieza a dominarme. Recuerdo las historias de la selva y el miedo sube de tono". (90)

"No me atrevo a ponerme en pie por miedo a rodar por el suelo". (82)

"Por un momento tengo miedo a que griten y corran tras de mí para apedrearme". (97)

"Le tengo miedo. Por primera vez en mi vida le tengo miedo a otro hombre". (100)

"Un día quizás no tenga miedo y me tire a hacer compañía a todos los muertos"... (101)

"Corro entre las calles... sin poder dominar ni el miedo ni la alegría". (151)

"Lloro de rabia y de dolor y de miedo. Sobre todo de miedo". (133)

"Miedo, hambre y calor". (185)

"El miedo es mala compañía". (186)

"Estar solo con un hombre enfermo da miedo". (209)

Este miedo torna las relaciones con los demás insoportable. Sus contactos son rápidos y superficiales, condicionados siempre al dinero, único paso para la comunicación.

Dos seres hacen excepción en este mundo marcado por el dinero: Nani y el Presidente. El conocimiento de Nani da un nuevo significado a la vida de Juan. Su compañía lo hace feliz y lo hace olvidar su situación miserable. Todos los días le trae caramelos y dulces. Tal vez ella lo lleve a una infancia que jamás ha tenido o que no nos quiere mostrar. Nani es el único ser femenino todavía limpio. Hasta los niños que aparecen en el libro son marcados por el ambiente en que viven:

"... y un puñado de niños, medio desnudos de los que no se ocupa nadie". (133)

"Dos niños sentados en el borde de la acera le ven morir, sus caras están serias, tristes". (135)

No puede haber alegría cuando hay hambre. Nani es el único personaje del libro que enternece a Juan y el único diminutivo dirigido a una persona, es dedicado a ella:

"... aguantar sobre mi pecho su cabecita pequeña". (155)

Las demás mujeres que pasan por la vida de Juan, físicamente y moralmente no valen nada:

"... las mujeres siempre abusan de los hombres que son buenos". (47)

"Las mujeres no se asustan de nada"... ganas de parecer lo que no son". (49)

"La veo vieja y fea... su boca es grande y no tiene dientes". (59)

"Tiene toda la pinta de la mujer que se muere por un capricho o porque le toquen las piernas". (63)

Lo que puede haber de bello en lo femenino, lo es apenas en su imaginación y tiene un carácter casi contemplativo:

"El Teide... es una mole en forma de pecho de mujer, parece un pecho de mujer mojado con agua de mar, un pecho de mujer bonita". (p. 221)

El dinero es la única cosa que puede dar seguridad a Juan; por eso, lo busca con ahinco y su humor varía según la cantidad de monedas que tintinean en su bolsillo. El dinero lo puede todo. Hasta la opinión que los otros tienen de la gente está ligada a él. Los buenos sentimientos son directamente proporcionales a la riqueza. Con el dinero se puede matar el hambre o el miedo y, quien sabe, hasta la soledad. Las primeras páginas del libro se abren bajo el signo de las cifras y así será hasta el fin:

"Murió, seguro, con un puñado de billetes grandes en la mano, riéndose porque ya era persona". (p. 19)

"Si fuese un hombre rico... el guardián me hubiera dicho: - ¡Buenas noches!" (p. 20)

"Lo único importante es que... en los bolsillos le suenan las monedas". (p. 17)

"No quiero ser millonario, pero sí, no pasar penas". (p. 192)

"En América el dinero cuelga de todas las casas". (p. 212)

"... ¿En América también hay pobres?" (p. 213)

"- Enséñame otra vez el dólar - le ruego. Yo lo miro no sé si con ternura o envidia, con la misma con que miraría a una mujer gorda de ojos bonitos". (p. 23)

"... y ya sueño que voy por las calles tirando el dinero a puñados, a manos llenas, asombrando a todos.

Vendré lleno de oro, rebozando oro, bañado en oro...

¡Paso! Pediré a gritos...! Ajá! Paso! Saluden que soy un hombre rico!" (p. 27)

Una sola vez, Juan no está preocupado con el dinero:

"Tengo otras cosas en la cabeza, cosas distintas a trabajar bajo el sol o estar con una niña y un viejo loco, cosas distintas a ganar dinero". (p. 149)

De cualquier manera, Juan no puede huir de la realidad que lo rodea, pues realmente no hace nada sin el dinero. Su hambre es la de millares de personas que luchan para sobrevivir. El hambre,

aparentemente puede unir a los hombres, pero, en verdad, cria un odio difícil de contener, pues se cria una especie de hostilidad fundamentada en la concurrencia y, en un ambiente de miseria, las relaciones humanas toman un carácter casi belicoso:

"... sin dinero no se puede ser buena con los amigos"; (p. 17)

"Estoy sucio y tengo el hambre suficiente como para no ser hermano de nadie". (p. 101)

"Todo porque a nadie le importa que yo sea un hambriento. Nadie quiere saber nada de mí". (ibidem)

"En sus ojos hay mucha hambre y más odio. Odio es lo que va sembrando miseria. Sé que si alguien me diese a mí un pedazo de pan, le odiaría por habérmelo dado". (p. 105)

"Pasan por mi lado y todos son príncipes y soy yo quien los hace príncipes a todos. Ellos me ven a mí y saben que hay algo peor que ellos". (p. 109)

Lo peor es la sensación de absurdo que siente delante de las cosas. Todo parece repetirse y poco a poco pierde la razón de ser. Las acciones toman un aspecto vago y sin objetivo:

"Camino todos los días sin rumbo fijo". (p. 81)

"Todo es distinto y todo es igual"; (p. 89)

"Todo está cerrado y ninguna senda hace norte". (p. 90)

"Todas las calles son las mismas"... (p. 96)

"... esos barrios de siempre, siempre iguales, con las mismas mujeres, negras y blancas, y de todas las razas..." (p. 98)

Y parece que llega al fondo de la desesperación cuando dice:

"No me importa ser hombre". (p. 193)

"Todo ha perdido significado incluso el lamentarme". (p. 111)

"Ahora, si quieren, todo es ridículo"... (p. 114)

"No duermo porque no tengo la esperanza de mañana". (p. 103)

La vida perdió el sentido:

"Voy por las calles arrastrándome, cansado, sin deseo de vivir. De caer al suelo y perder el conocimiento para

siempre, quedar muerto, no haría nada para defenderme".
(p. 110)

Pero tal vez las palabras de un sacerdote escuchadas cuando era un niño, lo hiciesen pensar en la muerte como algo malo:

"Lo mejor que puede pasarle a uno es que tenga sueños raros. Lo peor: morir". (p. 38)

Y quien lo sabe, bien en el fondo, Juan tenga esperanza, porque es capaz de soñar.

"Por eso: hacia adelante". (p. 91)

"Delante es nuevo aun cuando sea peor". (p. 91)

La novela de Juan Farías *Puente de Cádiz* es más que una aventura de polizón, es más que una simple narrativa de hechos, es más que la página de la vida de un hombre. Es sobre todo el drama del hambre, del hambre como problema social, es decir, cuando el hambre separa los hombres y los coloca en compartimientos aislados donde lo importante es comer o no comer. El hambre es el personaje principal, pues es el resorte que mueve a las demás acciones, la fuerza capaz de transformar las relaciones humanas en una lucha donde la dignidad no cuenta. Como consecuencia de esto, tenemos a un hombre solo, que lleva su hambre como compañía y que siempre verá en el prójimo, un enemigo. Así, la soledad es otro elemento importante de la novela. A través de ella, en un juego contradictorio, se pone de manifiesto que la comunicación auténtica entre los hombres, no existe, ya que el diálogo entre los distintos personajes no traspasa al límite de lo elemental, cotidiano.

El autor ha sabido tejer muy bien el hilo narrativo que une el hambre, que es un dolor, y la soledad, que también lo es, de manera inseparable. Un hombre que tiene hambre, un hombre que está solo, puede reaccionar de dos maneras: o a través del miedo, o a través de la rebeldía. Y son justamente el miedo y la rebeldía los que dan a Juan el coraje de luchar por algo nuevo, sin interesarse si lo actual es mejor o peor de lo que estaba viviendo. Esta lucha, tal vez un poco paradójica, demuestra que al fin del hambre, del miedo y de la soledad está la desesperación que hace del hombre un ser absurdo, en constante fuga de sí mismo y del mundo que lo rodea.

Juan Farías, insertado en la problemática social, procuró dar a Juan características que lo identificasen con los otros hombres que

viven en el mismo contexto social: es ingenuo, ignorante y desconfiado.

El problema social del libro ha existido siempre, con variantes en el tiempo y en el espacio, y es tema constante de las manifestaciones artísticas del siglo XX: novela, cine, teatro. Juan Farías es un testigo consciente de la injusticia social y la expresa de forma clara y concisa en su novela, que, considerada como su primera obra, revela el talento de un escritor maduro para la comprensión de los problemas vitales, y un grán observador, hábil en el manejo expresivo de la palabra. Por todo eso, puede ser considerado un escritor de prestigio en la nueva generación de novelistas españoles.